

ADÁN,
EL PINTOR CALABRÉS

ADÁN, EL PINTOR CALABRÉS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MÉXICO

I

LA MADONA PARLANTE

Si te aguija, lector, el deseo de conocer los sucesos que van á desenvolverse en esta muy verídica historia, menester es que me sigas á Calabria, donde por dos veces consecutivas te he conducido ya: la primera para narrarte las aventuras de Cherubino y de Celestini, y la segunda para hacerte asistir á la muerte de Murat.

La Calabria es realmente una comarca deliciosa: en verano, uno se tuesta en ella como en Tombuctú, y en invierno se hiela lo mismito que en San Petersburgo. Demás, en dicha tierra no cuentan, como en el resto del mundo, por años, lustros ó siglos, sino por terremotos.

Con todo, pocos pueblos existen tan encariñados con su suelo como el calabrés; y esto indudablemente obedece á que la costra que lo cubre es de las más pintorescas: sus valles son fértiles como jardines, sus montañas arboladas como bosques, y acá y allá se ven surgir, por encima de la copa de los castaños, firmes como torres de granito surcadas por el rayo,

rojizos picos que hacen sospechar al viajero si se acerca á alguna población ciclópea.

Cierto es que en aquella venturosa tierra no pueden hacer cuenta de nada de lo que acabo de decir. El Etna y el Vesubio no han tomado nunca por lo serio la separación obrada entre Sicilia y Calabria; de modo que estos dos antiguos amigos han conservado relaciones subterráneas lo bastante frecuentes para demostrar que entre ellos han subsistido siempre las mejores inteligencias; de lo cual resulta que, cada vez que se ponen en comunicación mutua, la península brinca como las colinas de la Escritura, pero no de gozo, sino de terror: entonces los valles se hinchan y se convierten en montañas, las montañas se hunden y se truecan en valles, y las poblaciones desaparecen por alguna sima tan pronto cerrada como abierta; de modo que el águila que se cierne encima de esta superficie movediza como el mar que la rodea, en la Calabria de hoy no conoce la de la víspera. De un día al otro, cambia de aspecto desde Reggio hasta Pestum; es el caleidoscopio del Señor.

Gracias á esta movilidad del suelo sobre el cual viven, no solamente los calabreses carecen de historia, porque rara vez los archivos de un siglo los ha heredado otro siglo, sino que existen individuos que ignoran cuándo nacieron y cómo se llaman. Niño hay que, cual Moisés, ha escapado casi solo del cataclismo que ha engullido una aldea entera; si el barbero que parteó á la madre del muchacho ó el sacerdote que le bautizó no han sobrevivido, para él no queda ya medio alguno de saber quién es; recoge si acá y allá, entre los habitantes de las cercanías, algunas noticias vagas respecto de la época en que le echaron al mundo y de la familia á la cual debía de pertenecer, pero su edad verdadera arranca de la fecha en que acaeció el terremoto, y su familia real es la que le ha adoptado.

Maese Adán, el héroe de nuestra historia, era

ejemplo viviente del caso singular que acabamos de referir: si el lector quiere conocer á tan estimable personaje, sobre el que llamamos toda su atención, le bastará dirigir la mirada hacia el escarpado camino que conduce de Nicotera á Monteleone, y por él verá transitar, agobiado por el ardiente sol de agosto, un hombre de cincuenta á cincuenta y cinco años, de chaqueta y calzón de terciopelo cuyo color primitivo es difícil averiguar á causa de las numerosas capas de pintura que lo han ido cubriendo sucesivamente á trozos más ó menos anchos. De los bolsillos de su calzón, en lugar de la navaja de que sus paisanos tienen la costumbre de proveerse, salen instrumentos más pacíficos, esto es, dos haces de brochas y pinceles de todas dimensiones; en la cintura, en vez de pistola lleva un surtimiento escogido de colores brillantes y chillones, á que sobre los medios tonos dan preferencia los pueblos primitivos; la calabaza que lleva terciada encierra, no néctar de Lipari ó de Catanzaro, sino agua de goma, que así le sirve para apagar la sed de un modo menos indigesto, como para fijar con más consistencia el bermellón ó el añil; y, por último, el palo de que va provisto y que, semejante á la carabina nacional, lleva por modo tan formidable, no es sino la inocente vara que los pintores han bautizado con el nombre de tiento.

Ahora bien, el mencionado sujeto, de complexión atlética, andar todavía firme y ligero, y mirada indolente y alegre, fué encontrado el día 21 de julio de 1764, desnudo y anegado en llanto, á un cuarto de legua de la aldea de Maida, que aquella noche misma había desaparecido, junto con sus moradores, como una de esas ciudades malditas sobre las cuales ha pasado la cólera del Señor. Recogido por algunos campesinos de Nicotera, que le encontraron al borde del camino, sin poder adivinar cómo pudo haber sido transportado allí, recibió el nombre de nuestro padre común, sin duda en conmemoración de la obscuridad

de su procedencia. Esto expuesto, no nos queda sino explicar el origen de la designación magistral que iba unida á su nombre.

El joven Adán, cuya edad parte, en consecuencia, de la catástrofe de 1764, lo que podía rejuvenecerle de un año ó año y medio, poco más ó menos, primeramente había sido destinado por sus padres adoptivos á la guarda de rebaños, puesto de confianza si lo hay, ya que, como es sabido, la lana constituye, junto con el aceite y el vino, la única riqueza de Calabria; pero el niño no había tardado en dar muestras de su poca vocación por la vida pastoril, tan poéticamente cantada por su paisano Teócrito. En truco, como Giotto, sentía gran propensión á dibujar en la arena figuras de hombres, árboles y animales, y si hubiese hallado abierto el taller de algún Cimabue, tal vez hubiera llegado á ser un gran pintor. Por desgracia, al discípulo le faltó maestro, el estudio no vino á vigorizar sus disposiciones naturales, y el joven Adán no pasó de pinta monas.

Por lo demás, aquí caemos en el defecto de nuestra época, defecto que estriba en juzgar de todo desde el punto de vista de nuestra civilización; el digno pintor de imágenes á quien irreverentemente acabamos de motejar de pinta monas, si bien hubiera merecido semejante dictado en París, en Londres ó en Roma, para la tierra en que vivía era un artista muy notable, y sus obras habían gozado, durante cierta temporada, de tal nombradía, que la policía napolitana se creyó en el deber de tomar cartas en el asunto. Véase ahora en qué circunstancia esta paternal institución tomó á su cargo semejante cuidado: el maestro Adán, por la ejecución de multitud de rotulatas más ó menos pintorescas, había merecido ya el título que precede á su nombre cuando acaeció la contrarrevolución de 1798; Fernando y Carolina, arrojados por la ocupación francesa, se habían refugiado, como todos sabemos, en Sicilia, á bordo del

navío del almirante Nelson, trasladando el gobierno á Palermo y abandonando Nápoles á Championnet, que había hecho proclamar en ella la república partenópea. Desgraciadamente para los recién libertados, el rey y la reina destronados á medias contaban con el concurso de un hombre decidido, el cardenal Ruffo, el cual emprendió la reconquista del trono de sus soberanos legítimos. En virtud del plan que se trazara, Ruffo desembarcó en Calabria, y en nombre de la fe hizo un llamamiento á todos los que habían permanecido fieles á los antiguos principios realistas. Á este primer llamamiento respondieron quinientos ó seiscientos hombres, número que el atrevido secuaz juzgó suficiente para llevar á feliz término su empresa; lo único que le faltaba para ponerse en marcha era una bandera á cuya sombra poder reunir á sus soldados, y á este efecto mandó por un artista, á fin de que éste pintara en su estandarte la imagen de Nuestra Señora del Monte Carmelo, bajo la protección de la cual colocara él su empresa.

Adán, que entonces estaba en la flor de su edad y en el vigor de su talento, se presentó sin recelo alguno á Ruffo, se hizo explicar por éste lo que quería, y pintó con tanta diligencia y sentimiento la Madona pedida, que á la vez dejó complacido al sacerdote y al guerrero. En este doble concepto, el general-predado le ofreció, así en lo espiritual como en lo temporal, concederle todo lo que pudiese desear. Cuanto á lo primero, Adán pidió á aquél su bendición, y respecto de lo segundo el derecho exclusivo de pintar en todas las paredes blancas que encontrase en un radio de diez leguas, las vírgenes y las almas del purgatorio; doble petición que, por ambiciosa que hubiese parecido á los asistentes, le fué concedida sin dilación. Reconquistado por Ruffo el reino y llamados á su capital Fernando y Carolina, el maestro Adán, que con todo su poder concurriera á este grande acontecimiento, gozó sin cortapisas del privilegio que se le

había concedido en premio de su patriotismo y de su fidelidad.

Aquellos lectores nuestros que han viajado por Italia y han sido testigos de la devoción de los campesinos napolitanos y calabreses á esta clase de imágenes, comprenderán sin esfuerzo cuánta importancia revestía para Adán semejante monopolio. En efecto, todo convento que quería poseer una imagen nueva ó hacer recomponer una antigua no tenía más remedio que acudir á él; de lo cual resultaba que el maestro imponía condiciones, que generalmente consistían en el derecho de hacer, junto con el sacristán de la comunidad y por un espacio de tiempo más ó menos largo y fijado amigablemente entre las partes, la cuestación ante la santa imagen. Respecto á las almas del purgatorio, el asunto tenía todavía más bemoles: en cuanto fallecía un campesino acaudalado, fuesen cuáles fuesen las intenciones de Dios por lo que atañe al alma del difunto, Adán le zambullía provisionalmente en el purgatorio. En consecuencia, á las numerosas cabezas que salían de las llamas elevando hacia el cielo las suplicantes manos, el desapiadado Minos añadía una cabeza y dos manos, pero una cabeza tan parecida y dos manos crispadas por un dolor tal, que los parientes hubieran carecido de entrañas de haber dejado sin oraciones y sin limosnas un alma que reclamaba el auxilio de ellos de un modo tan ostensible y á la faz de toda la población. De ello resultaba que los herederos, por su propio decoro más que para alivio del difunto, encargaban gran número de misas al cura y daban abundantes limosnas al pintor, los cuales desempeñaban concienzudamente su oficio: todas las mañanas aquél decía la misa, y éste cada noche iba á apagar una llama y á borrar una contracción; de suerte que á medida que los herederos cumplían con su deber de caridad, tenían la satisfacción de ir siguiendo el efecto en la fisonomía del alma en pena, que pasaba sucesiva y progresivamente de

la desesperación de un condenado á la bienaventuranza de un escogido. Rezadas las misas y entregadas las limosnas, á lo mejor el difunto cobraba alas; entonces los parientes hacían el último sacrificio, y al día siguiente el sitio quedaba vacío: redimido por la piedad de los que dejara en la tierra, el bienaventurado había subido al cielo.

Unos doce años hacía que el maestro Adán ejercía honradamente tan inocente industria, sin haber experimentado nunca otros contratiempos que los que le suscitaban sus piadosos asociados, los cuales en ocasiones pretendían que las almas del purgatorio sólo necesitaban de misas y podían perfectamente prescindir de limosnas, cuando fra Bracalone, sacristán de la iglesia de Nicotera, fué por él de parte del prior para restaurar, en la pared de un inmenso jardín que se extendía frontero de la iglesia, una antigua Virgen de yeso, en otro tiempo muy milagrosa, pero la cual, sin duda descontenta del abandono en que la tenían, había dejado en absoluto de dar señal alguna de existencia de diez años á aquella parte: el motivo que impulsara al prior á pensar en dicha santa imagen, provenía del miedo que inspiraba en toda la Calabria inferior cierto bandido llamado Marco Brandi, de quien se sospechaba si había establecido sus reales en las cercanías. Los mayordomos de las parroquias de Nicotera decidieron pues hacer algo en pro de la Virgen, y á fin de que ésta, agradecida, á su vez favoreciese á la aldea; al mismo tiempo y para más seguridad, despacharon un propio al juez de Monteleone haciéndole sabedor del estado de las cosas y solicitando el envío de algunos gendarmes.

El maestro Adán emprendió su labor con fe verdaderamente cristiana; al contacto de su pincel, el rostro de la Madona recobró su frescura, la frente su aureola, y sus vestiduras su colorido. Mientras estuvo trabajando, Adán se vió rodeado de un corro de curiosos, cuya no interrumpida atención indicaba la

importancia que la aldea concedía á la obra nacional que á sus ojos iba avanzando, y una vez terminada la imagen, todos y cada uno de los vecinos felicitaron al pintor, quien, con modestia verdaderamente artística, respondió á las alabanzas de que era objeto, diciendo que su opinión, en armonía con la de sus compatriotas, era de que acababa de dar remate á su obra maestra.

Por su parte, el juez de Monteleone había contestado al grito de angustia de sus administrados, de modo que Nicotera podía contar á un tiempo con la protección temporal y la espiritual. En efecto, los gendarmes habíanse puesto en campaña tan pronto hubieron llegado, arrojado á Marco Brandi de una posición excelente en la que ya hiciera algunos preparativos para tomar cuarteles de invierno, dispersado su gavilla y perseguidole á él con tanta actividad, que el forajido, acorralado entre los corchetes y la población, sólo había tenido tiempo de arrojarle á un bosquecillo de castaños lindante con los muros mismos del convento. Al punto el bosque fué rodeado y escudriñado palmo á palmo en todas direcciones, pero inútilmente: Marco Brandi había desaparecido. Bien registraron los gendarmes uno á uno todos los castaños y una á una todas las matas, en las que introdujeron sus bayonetas; las pesquisas no dieron resultado alguno. No parecía sino que en el asunto había intervenido el arte de la magia.

Transcurrieron ochodías sin que nadie oyese hablar de Marco Brandi. Sin embargo, como todos conocían la inminencia del peligro, los gendarmes redoblaban su vigilancia y los vecinos su devoción. Nunca Madona alguna oyó más oraciones, ni fué más cuidada y halagada como la del maestro Adán. Las más ricas campesinas de los contornos habían acudido para ofrecerla sus pendientes y sus collares, si bien con la intención de volver por ellos tan pronto Marco Brandi hubiese caído en poder de la justicia; de día y

de noche ardía una lámpara á sus benditos pies, corriendo la conservación de la lámpara á cargo de una santa mujer apellidada sor Marta, la cual iba todas las mañanas de casa en casa á cuestas el aceite, y, por la noche, á verter en el recipiente el resultado de la cuestación de la mañana, siempre lo bastante abundosa para que aquélla no tuviese que añadir del suyo. Antes al contrario, todos se complacían en aumentar un poco la limosna, para que ella les tuviese presentes en sus oraciones; porque sor Marta, como hemos dicho, estaba en olor de santidad en un circuito de diez leguas. Tenía visiones, al igual que santa Teresa, y en ocasiones y por espacio de uno ó dos días, quedaba tendida en su cama, inmóvil, pero con los ojos abiertos y las facciones contraídas; el médico daba el nombre de epilepsia á semejante accidente, y fra Bracalone el de éxtasis.

Sucedió, pues, que en el interin sor Marta experimentó uno de sus habituales ataques y estuvo cuarenta y ocho horas sin parecer para llenar al lado de la Madona su acostumbrado oficio; pero en Italia se respetan de tal suerte los derechos industriales del prójimo, que mujer alguna, por piadosa que se considerase, se atrevió á sustituir á sor Marta; originándose de ahí, que habiéndose consumido el aceite de la lámpara, la imagen permaneció sin luz durante treinta y seis de las cuarenta y ocho horas.

En esto llegó el fin del segundo día; la noche avanzaba rápida y oscura; el *Ave María*, cántico postrero del crepúsculo, acababa de subir al cielo; las calles iban quedando desiertas, y, excepto un grupo de niños que estaban jugando delante de la Madona, cada mochuelo se encaminaba á su olivo, cuando de improviso resonó clara y sonora una voz que parecía salir del nicho de la Virgen, llamando por su nombre al arrapiezo que más cerca de ésta se encontraba. Los muchachos, admirados, volvieron el rostro.

—¡Paschariello! repitió la misma voz.

—¿Qué queréis, Madona? preguntó el niño.

—Ve y di á sor Marta, prosiguió la voz, que hace dos días se descuida de venir á echar aceite en mi lámpara.

Paschariello no esperó á que le repitiesen el encargo, sino que, dándose con los carcaños en las posaderas y seguido de los demás chicuelos, salió disparado y gritando: «¡Milagro! ¡milagro!» llegando cubierto de sudor, pálido y jadeante á casa de Marta, en el instante en que, después de un letargo de cuarenta y ocho horas, la santa mujer acababa de recobrar sus sentidos.

Sor Marta escuchó lo que la dijo el niño, y cual si al volver poco á poco al uso de la razón, se le refrescaran uno á uno todos sus recuerdos, declaró en presencia de los vecinos atraídos en torno de su lecho por la extrañeza de la noticia, que efectivamente la Virgen acababa de aparecerle y le había dicho las mismas palabras que la transmitía Paschariello. Entonces no fueron ya solamente los chicuelos los que gritaron milagro, sino la aldea en peso. Sor Marta se levantó en medio de un concierto de aclamaciones, clamores y cantos, y se encaminó hacia la milagrosa imagen. Paschariello, convertido en objetivo de la veneración general, fué llevado triunfalmente en hombros por dos robustos calabreses, y una vez el cortejo hubo llegado delante de la Madona, á una señal de sor Marta se detuvo y entonó la letanía de la Virgen. Entonces, y mientras fra Bracalone por una parte y por la otra el maestro Adán aprovechaban la ocasión para cuestas, el primero en pro de su convento y en beneficio propio el segundo, la mujer elegida se acercó sola á la imagen y habló un rato con ella en voz baja. Por fin, y en pos de dicha conversación, de la que cada cual esperaba con impaciencia el resultado, sor Marta se volvió de cara al auditorio, y en nombre de la Madona declaró: que ésta ya no podía más con la poca fe de los habitantes de Nicotera, los cuales, para

ponerse á cubierto de las agresiones de Marco Brandi, creyeron deber añadir á la protección de la omnipotente Virgen un socorro tan terrestre como era un piquete de gendarmes, por lo cual se negaba redondamente á admitir semejante alianza, y que era menester que los habitantes optasen entre lo espiritual y lo temporal, ya que no podían estar á la vez por la gendarmería y por ella; de consiguiente, á los asistentes correspondía decidir por quién se inclinaban: si por la gendarmería, nada tenía qué decir, pues no quería torcer las conciencias; pero en este caso dejaría á los gendarmes que obrasen por sí solos y no respondía de lo que pudiese sobrevenir. Si, al contrario, estaban por ella, se encargaba de todo y respondía que desde aquel día hasta transcurridos tres años nadie oiría hablar de Marco Brandi.

No había para qué vacilar; los gritos de «¡Viva la Madona! ¡abajo los corchetes!» resonaron de todos lados, y los desventurados gendarmes, llamados de los diferentes puestos donde hacía ocho días estaban vigilando con valor y temeridad dignos de mejor recompensa, partieron aquella noche misma para Monteleone, acompañados de las rechiflas de la muchedumbre, entre la cual no faltó quien propuso lapidarles.

En virtud de lo ocurrido, la Madona del maestro Adán quedó dueña del campo; pero en su pro nos apresuramos á decir que su promesa no salió vana, ya que desde aquel momento ni en Nicotera ni en sus cercanías nadie oyó hablar más del terrible Marco Brandi.

II

EL CORREO

Como el rumor del milagro había cundido desde Reggio hasta Cosenza y despertado gran devoción hacia la santa imagen, las Madonas circunvecinas quisieron, por su parte, demostrar que también eran dignas de la atención de los fieles; en consecuencia, unas habían levantado los brazos, otras vuelto los ojos, aquellas movido los labios, pero ninguna hablado; de modo que la victoria había quedado definitivamente á favor de la madona de Nicotera, hacia la cual se dirigían en peregrinación de todos los rincones de Calabria. Después de ella, los tres personajes más importantes eran Paschariello, á quien la Madona se dirigiera primero; sor Marta, que había conversado mano á mano con la imagen al igual que Moisés con el Señor, y por último el maestro Adán, que la restaurara por modo tan cumplido, y sin duda por lo cual, ella, satisfecha de verse renovada de tal suerte, había obrado el milagro que acabamos de contar. Cuanto á fra Bracalone, en este negocio, como se ve, quedó completamente eclipsado; y como su cuestación se resintiera de ello, semejante baja le había inspirado cierto reconcomio contra el pintor, cuya popularidad por el momento ofuscaba la suya.

Por lo demás, el triunfo de los tres ilustres personajes no podía ser más completo; Paschariello, en quien hasta entonces nadie se ocupara, á no ser para arrimarle un puntapié ó largarle un manotón por sus

travesuras; que hasta las predichas circunstancias había vagado por las calles de Nicotera ostentando esos harapos que es menester haber visto sobre el cuerpo de un mendigo siciliano ó calabrés para comprender que hay infelices que se visten de agujeros y filamentos, cual si después de larga lucha hubiesen conquistado la tela de una araña gigantesca y cubierto con ella sus miembros; Paschariello, en fin, vestido de pies á cabeza, á expensas de la municipalidad, del más rico terciopelo que pudo hallarse en Monteleone, estaba expuesto á la curiosidad pública en una especie de andamiada que para él levantaran frontero de la Madona, origen de su prosperidad, en la cual cada hijo de vecino le tiraba naranjas, granadas y castañas, de las que él devolvía las mondaduras ó las cáscaras que los fieles se disputaban como quien se disputa preciosa reliquia; Paschariello, digo, en lugar de la misera y trabajosa existencia para la cual nació, veía desenvolverse á sus ojos un porvenir color de rosa, al que se abandonaba indolente y descaradamente, seguro como ahora estaba de llegar tarde ó temprano después de una vida de canónigo, á la beatificación eterna.

Por lo que se refiere á sor Marta, ésta no sólo no había sido olvidada en su partición de la gratitud pública, sino que el favor con que al parecer la miraba la Madona, ahogó por completo ciertos rumores injuriosos que algunos espíritus aviesos é incrédulos intentaron propalar contra ella en diversas ocasiones, llevando el atrevimiento hasta decir que la buena mujer había tenido en otro tiempo connivencias con la gavilla que capitaneaba el padre de Marco Brandi, viejo venerable retirado en Cosenza, donde terminaba su carrera rodeado del respeto público. Más adelante referiremos cómo y en qué circunstancias este respetable industrial abandonó su carrera en que con tanto lustre le sustituyera su hijo; pero como en lo presente no queremos desviarnos de nuestro asunto, volvemos

á sor Marta, diciendo que su reputación triunfó por fin de todas las hablillas, gracias á haberla elegido la Madona para verter el aceite en su lámpara; además, compartía con la venerada imagen el privilegio de curar ciertas enfermedades, y ella era á quien, por lo común, acudía la gente para los milagros de segundo orden.

Cuanto á Adán, había llegado á la más elevada cumbre de gloria á que puede aspirar un artista: una vez salida de sus manos una Madona parlante, no hubo iglesia, por misera que fuese, que no quisiese poseer una Virgen hija del pincel del maestro; y aun cuando éste había exigido el exorbitante precio de diez escudos la pieza, no podía atender á los continuos encargos que le hacían. Resultó de ello que en la modesta vivienda del pobre pintor se notó una mejora notable, de la que éste se había felicitado, sobre todo por su hija, en quien cifraba todo el ardor de sus afecciones. Gelsomina, que así se llamaba la doncella, desde entonces no salía de su casa sino engalanada de modo que podía dar envidia á la Madona misma, lo cual era causa de grandísimo escándalo para fra Bracalone, que no se mordía la lengua para decir, siempre y cuando se le presentaba coyuntura, que aquello indefectiblemente había de acabar mal, y que el diablo sería muy desmañado si no sacaba provecho del orgullo del cuerpo para condenar al alma *per in æternum*.

Las predicciones de fra Bracalone no tardaron en cumplirse, en parte á lo menos. El rumor del milagro había llegado hasta Nápoles y Palermo; en todo el reino de las Dos Sicilias no se hablaba sino de romerías á la Madona de Nicotera; de modo que el gobierno, al ver el gran número de pasaportes que acá y allá las gentes pedían para Monteleone, empezó á sospechar que la devoción no era la única causa de un movimiento semejante. En efecto, pronto advirtieron las autoridades que los carbonarios se habían aprovechado de las circunstancias, y que de los diez

ó doce mil pasaportes extendidos para la Calabria, más de tres mil correspondían á individuos afiliados á las distintas asociaciones del reino. Esto ocurría en 1817, en cuya época Europa empezaba á engolfarse en el camino de las revoluciones. Fernando, que recién acababa de llegar del destierro y no tenía mal-ditas las ganas de volver á él, envió tres mil hombres á Monteleone y otros tres mil á Tropea; luego y para cortar el mal de raíz, mandó encerrar á Paschariello en una casa de corrección, hizo entrar velis nolis á sor Marta en un convento, é intimó á la Madona la orden terminante de que no volviese á obrar milagro alguno sin su permiso.

Con indecible admiración de los habitantes de Nicotera, la Madona obedeció; no parando todo aquí, sino que la policía, que tiene la manía de explicar cuanto ocurre, aún lo más inexplicable, pretendió que sor Marta había confesado al superior del convento haber anudado con la pandilla del hijo las relaciones que en otro tiempo sostuviera con la del padre; además, parece, si no es impío dar crédito á semejantes rumores, que Marco Brandi, perseguido como hemos visto y obligado á precipitarse en el bosquecillo, se había encaramado á la pared lindante con éste y ocultándose en el jardín del convento, donde nadie pensó en ir á buscarlo. Esta circunstancia debió de conocerla sor Marta, quien todas las noches y so pretexto de echar aceite en la lámpara, se acercaba á la Madona, y protegida por la obscuridad hacía llegar, al través de un agujero practicado en la pared, víveres á manos del bandido, que no podía volverse á la montaña á causa de estar guardados por centinelas todos los pasos. Habiendo caído enferma Marta y faltado prontamente las provisiones, Marco Brandi tuvo paciencia por espacio de dos días; mas temiendo, transcurridos éstos, no haberse librado de la horca sino para perecer de hambre, resolvió recordar á Marta, en nombre de la Madona, que hacía cuarenta y ocho

horas que no había echado aceite en la lámpara. Ya hemos visto cómo se las había compuesto el acaso para que sor Marta pudiese haber acudido á la invitación de la Madona, y como ésta, por voz de la vieja, manifestara su aversión por el respetable cuerpo de gendarmería, aversión que, proviniendo, como provenía, de la Virgen, no extrañó á nadie, ya que los gendarmes eran generalmente designados, allá al igual que en Francia, bajo la denominación popular de perseguidores del justo.

Nadie dió crédito á semejante historia, por ser la policía quien la contara y nunca prestarse fe á lo que la policía cuenta; pero, apócrifa y todo, no dejó de causar perjuicio real á la Madona, perjuicio que de rechazo hirió, como era natural, al maestro Adán, su pintor. Colocóse un centinela delante de la imagen, con la consigna expresa y terminante de dispersar todo grupo mayor de tres individuos, y no hubo más remedio que decir adiós á las cuestaciones. Los conventos, por su parte, temerosos de comprometerse, dejaron de hacer encargos, por más que Adán rebajó el precio de sus Madonas, con grave detrimento de la popularidad de éstas. Sucedió pues, que no habiendo, en sus días de prosperidad, sido el artista más previsor que la cigarra, encontróse á no tardar tan pobre como antes, con gran satisfacción de fra Bracalone, quien, como ya hemos dicho, profetizara semejante catástrofe.

Á estar solo en el mundo, el maestro hubiera tomado tal cambio de fortuna con la indiferencia de un artista y la calma de un filósofo; pero tenía esposa y dos hijos, si bien la primera, buena mujer si las hay, eco viviente de cuantas palabras ante ella se pronunciaban y cuyas últimas sílabas repetía, no le daba mucho que pensar. Adán no debía á Babilana, que así se llamaba su media naranja, sino el hacerla partícipe de su buena ó mal andanza, y en este supuesto cumplía religiosamente el juramento que hiciera al pie

del altar; de modo que la pobre mujer nada tenía que decir, y efectivamente nada decía. Cuanto al hijo varón, que desde muy joven experimentara grandísima vocación por el servicio del rey, había sentado plaza en un regimiento de artillería á pie, y tras ocho años de permanencia en las filas y gracias á correr parejas su inteligencia con su entusiasmo, había llegado al eminentísimo grado de cabo, en cuya ocasión sustituyó su por demás pacífico apellido con el nombre más formidable y expresivo de Bombarda. Respecto de su hijo, pues, para nada tenía que preocuparse el maestro, ya que vegetaba gloriosamente al amparo del cuartel y del humo de los cañones, alimentado y vestido por el gobierno, que le tenía de guarnición en Mesina y no exigía de él, en cambio de los tres sueldos que de ídem diariamente le daba, sino que respondiese conforme á ordenanza á la lista de la mañana y de la noche y que en sus ratos de ocio atizase algunos sablazos á los bandoleros que vagaban por los alrededores de la ciudad, con recomendación de que diese cuantos más le fuese posible y recibiese los menos que pudiese, en consideración, no á su pellejo, sino á su uniforme.

Gelsomina, empero, su hija querida, la modelo de sus Madonas, para quien, en sus desvaríos de artista, soñaba con todas las riquezas de la tierra y todas las bienaventuranzas del cielo; Gelsomina, que por un instante gustara de esa vida embriagadora tan deseada mientras no conocida y tan echada menos una vez perdida; Gelsomina la antojadiza, la voluntariosa, la caprichosa niña, ¿qué iba á ser de ella sin sus alfileres de oro, sus pendientes de perlas y sus collares de coral, que constituían el alimento de su orgullo?... Á ella pues, y sobre todo á ella, Adán ocultaba su miseria, temeroso, en su amor paternal, de que su hija le acriminase su miseria. Así es que por más apretado que sintiese el corazón, si Gelsomina le llamaba, acudía á su voz con el rostro risueño, no temiendo sino

una cosa, que le pidiese un objeto que él no pudiese darla. Júzguese pues qué dolor no iba á experimentar el anciano el día en que su hija le demandase pan.

Para el pobre artista había por fin llegado tan terrible momento. La mañana del día en que le hemos encontrado en el camino de Nicotera á Monteleone. Gelsomina, por uno de los caprichos que le eran tan familiares, se levantó con las disposiciones de amor fraternal más afectuosas y quiso saber qué era del cabo Bombarda, de quien tiempo hacía la familia no recibiera noticia alguna. Apenas la joven hubo manifestado la esperanza de que podía haber llegado á Monteleone una carta de su hermano y dado á conocer el deseo de saber lo que dicha carta contenía. Adán besó á Gelsomina en la frente, dió á su mujer los cinco ó seis sueldos que le quedaban á fin de que con ellos se procurase el más suculento almuerzo posible, y se puso en camino en ayunas, íntimamente satisfecho de que su Niná hubiese manifestado un deseo cuyo cumplimiento sólo costaba una caminata de diez leguas.

De tal modo el pintor apretará el paso mientras nosotros poníamos al corriente á nuestros lectores sobre estas circunstancias de su pasada vida, que había llegado á Monteleone é internándose en las montañosas calles que conducen á la administración de correos. Una vez á pocos pasos de la casa en cuya busca acudiera de tan lejos, Adán se detuvo, con una mano se quitó el casquete, con la otra se rascó la calva frente y pareció sumergirse en meditación profunda. Los que no estaban al cabo de la apurada situación del maestro pudieran haber creído que el venerable artista estaba en éxtasis delante de la singular arquitectura de aquel curioso monumento. En efecto, el edificio donde radicaban las oficinas de correos era una de esas casas milagrosas transportadas por los ángeles, como por ejemplo Nuestra Señora de Loreto, cual si hubiese estado suspendido del cielo por medio

de alambres en lugar de agarrada al suelo por raíces de piedra, había resistido á todos los temblores de tierra acaecidos desde que lo construyeron. Innumerables veces, en medio de las convulsiones generales, retembló con mortal estremecimiento, y otras tantas el rayo surcó, con su lengua de fuego, su cicatrizado frontis, y el huracán sacudiólo, cual nave combatida por la tormenta, desde sus cimientos hasta la azotea; siempre sus conmovidos pisos se habían afirmado, cerrándose sus grietas, extinguiéndose su fiebre volcánica, subsistiendo, si bien coja y jorobada, perennemente en pie en medio de un círculo de ruinas. En tiempo del diluvio, hubiera flotado como el arca; en Gomorra sido incombustible, y, según todas las probabilidades, de antemano estaba asegurada contra el día del juicio, y debía dar un rotundo mentís al Apocalipsis.

Tras unos instantes de contemplación vaga en la que Adán contemplaba sin ver, la luz del ingenio iluminó la frente del artista; por los ojos de éste cruzó alegre llamarada, y los labios se le contrajeron á impulso de desdeñosa sonrisa de superioridad. Entonces el maestro levantó la cabeza como hombre que conoce que el mundo pertenece al fuerte ó al astuto, y adelantando, mientras hacía girar su casquete con la yema de su índice, hasta la casa que acabamos de describir, con ambas manos se suspendió de una reja. Un instante hacía que el artista guardaba semejante posición de espera, cuando uno de los empleados volvió la cabeza del lado donde éste estaba, se subió los anteojos á la frente, y con voz aceda preguntóle qué deseaba.

—¿No habría en lista, respondió con voz meliflua el anciano, una carta de Mesina dirigida al maestro Adán, artista pintor de Nicotera?

—Ahí está lo que usted pide, dijo el empleado después de registrar un paquete de cartas y tendiendo una á aquél.

—¿Me hace usted el favor de leérmela, buen señor?

repuso Adán con acento el más bondadoso del mundo; porque es menester toda la sabiduría de usted para descifrar tales garrapatos.

—Con mucho gusto, buen hombre, respondió el empleado, que empezaba á reconocer en su interlocutor al Miguel Ángel de la Calabria. Sin duda es de su hijo de usted, el cabo Bombarda.

—De mi querido hijo es, en efecto; pero como éste maneja más bien la lanada que la pluma, y la vista empieza á debilitárseme, no alcanzo á leer la mitad de lo que me escribe.

—Pues para un artillero no es malo su carácter de letra, dijo con tono doctoral y bajándose los anteojos el obsequioso empleado, y voy á leérsela á usted como si estuviera impresa con tipos de imprenta. ¡Brrr! Escuche usted. ¡Brrr! ¡brrr!

El artista hizo una señal como quien dice: «no voy á perder sílaba», y el empleado empezó:

«Mi querido padre:...»

—¡Oh! interrumpió Adán, es muchacho muy respetuoso y sumiso.

El lector hizo signo de asentimiento, y continuó:

«Mi querido padre: Por acá hemos disfrutado de un temblor de tierra tan magnífico, que si Dios se hubiese dignado hacerlo durar cinco minutos más, en la hora de ahora nos encontraríamos todos en el paraíso, de lo cual nos libre el cielo. Me he peleado como un león contra los foragidos de Mesina, que, dicho sea de paso, no pueden compararse con los de nuestra hermosa Calabria, y he convertido á dos de ellos en jigote, no más tarde de ayer. También he conseguido licencia para seis semanas, que cuento ir á pasarlas en compañía de ustedes. Aguárdenme, pues, á todas horas, aunque ésta no llegue á sus manos, y resérvenme su bendición y algunos higos de Palma, que, como usted sabe, tanto me gustan.

»Su obediente hijo,

»El cabo BOMBARDA.»

—Gracias, mi buen señor, dijo Adán; es cuanto deseaba saber; ya volveré por la carta tan pronto me halle con dinero.

Y apartándose rápidamente de la reja á la cual estuviera pegado mientras duró la lectura, se puso de nuevo el casquete, giró sobre sus tacones y desapareció tras la esquina de la calle más inmediata.

III

FRA BRACALONE

Cuando el pobre empleado volvió en sí de su sorpresa, Adán que, conforme dijera, sabía cuanto deseaba, se encontraba ya muy lejos, y cual si la carta que acababa de escuchar le hubiese quitado diez años de encima, caminaba ligero y gozoso.

Era el pintor un anciano de buena pasta, una de esas organizaciones á las cuales les basta una nonada para esparcir el ánimo y abrir ingenuamente las puertas á la esperanza y á la alegría como las flores abren su cáliz al sentir el beso del sol. Al verle pasar de esta suerte cantando una antigua canción y hendiendo los aires con su tiento, más de un rico le hubiera envidiado la tranquilidad de ánimo, nunció de inagotable fe en la Providencia. En efecto, él mismo, en aquel instante, creía no necesitar auxilio alguno del cielo.

—Soy un predestinado, iba diciendo para sí el pintor; sobre poseer un talento que nadie me disputa y que, si no mi bienestar, labra mi gloria, tengo un hijo más valiente que Judas Macabeo y una hija her-

mosa y pura como la Virgen María, á los cuales voy á ver reunidos. ¡Ah! mañana, tal vez esta noche misma, estrecharé entre mis brazos á los seres que más quiero en el mundo. ¡Qué contenta va á ponerse Gelsomina con la noticia que le llevo! ¡con qué gratitud va á abrazarme en pago de la molestia que me he tomado! y ¡con qué apetito cenaremos!

Al llegar á esta última palabra, ó más bien á este último pensamiento, Adán se detuvo de improviso y se dió una palmada en la frente como hombre que se despierta sobresaltado. Acababa de acudirle á la memoria que, aquella mañana, había dado á su mujer, para el almuerzo, todo cuanto dinero le quedaba, y que no contaba con más para cenar. Entonces, al pensar que su Gelsomina tal vez no tendría qué llevarse á la boca, se acordó de que sentía hambre.

El maestro exhaló un profundo suspiro, y continuó su camino con la cabeza baja y humillada. No hacia un minuto que hubiera querido tener alas; pero ahora le parecía que, por mucho que retardase la marcha, siempre iba á llegar demasiado pronto. Acortó, pues, el paso, y siguió maquinalmente adelante buscando en su imaginación cómo salir del apuro en que se hallaba. Durante el trayecto encontró dos ó tres pinturas suyas, almas del purgatorio ó Madonas, que sólo contribuyeron á hacerle sentir con más fuerza la inestabilidad de lo divino y de lo humano. Hacía tres años, en los días de su esplendor, hubiera visto al pie de aquellas santas imágenes, arrodillada y orando, á una apiñada muchedumbre, y con sólo decir severamente: «Yo soy quien las he pintado», le habría bastado para recoger, no solamente lo necesario para llevar á su casa con qué vivir espacio de ocho días, sino que, con las sobras, Gelsomina pudiera haberse comprado un traje capaz de despertar la envidia á las mujeres de Vina y de Triolo. Ahora, empero, ¡qué diferencia! Desde que el gobierno prohibiera á las Madonas de Adán que obrasen milagro alguno, y

éstas, ingratas, creyeron deber obedecer, los productos de su pincel habían perdido el crédito de tal suerte, que permanecían solitarios y abandonados. Ni las almas del purgatorio escaparon de semejante falta de consideración; tanto, que el anciano artista tuvo la pesadumbre de presenciar con sus propios ojos cómo un campesino, con más compasión que respeto, se afanaba en borrar las llamas que devoraban á una de ellas. Era el golpe de gracia que recibía su resignación. Desalentado, perdida ya toda esperanza, cuando llegó á la cúspide de una colina desde la cual se veían las blancas casas de Nicotera agrupadas á orillas del mar como una bandada de cisnes en las márgenes de un estanque, y, más lejos, la casita aislada y perdida en medio de los olivos, en la que le estaban aguardando Gelsomina y su madre, en vez de continuar su camino, se cayó más bien que no se sentó al pie de una pared nueva, la cual, en otros tiempos, le hubiera ofrecido espacio digno de recibir la pareja del *Juicio final*.

Un cuarto de hora poco más ó menos hacía que Adán se encontraba en aquel sitio, con los codos apoyados en las rodillas, la cabeza sepultada entre las manos y absorto en las reflexiones más tristes, cuando, oyendo que le llamaban por su nombre, levantó los ojos y vió delante de sí á fra Bracalone y su rucio, que se encaminaban por provisiones á la vecina aldea. El artista estaba tan preocupado, que ni siquiera había oído el repiqueteo de la campanilla por medio de la cual el sencillo cuadrúpedo anunciaba la llegada de su amo á los distraídos ó á los vecinos que se encontraban en sus casas. El sacristán estaba en pie delante del pintor, y le miraba con el ademán de compasión burlona que tan bien sabe tomar una fisonomía encapuchada.

—Y bien, ¿qué está usted haciendo ahí, maestro? le preguntó. ¿Está usted meditando el asunto de algún cuadro?

—No, respondió el desventurado Adán; siento mucho calor, estoy rendido, y me he sentado aquí para tomar un poco de descanso.

—Sin embargo, la pared esta es magnífica, maestro, repuso el sacristán mostrándole la en que aquél se apoyara, y en ella resaltaría grandemente una Madona.

El artista dió un suspiro.

—Ya comprendo, continuó fra Bracalone; pasaron los tiempos en que las Madonas obraban milagros ¿no es eso? Si hubiese usted vivido, cual yo, en medio de ellas, sabría qué dan de sí. Todo tiene sus altibajos, maestro, y es menester que seamos un poco filósofos.

—Nada le cuesta á usted el decirlo, murmuró el anciano; ¡como que usted ha almorzado esta mañana y va á cenar esta noche!

—¡Diantre! replicó fra Bracalone con el acento más paternal de que era capaz, yo no soy un gran pintor, ni voy en pos de la gloria terrenal, sino que me confío á la Providencia divina, á la cual creería tentar trabajando. No soy sino un pobre sacristán, y éste mi rucio, que no pasa de ser un pobre rucio; con todo, ni á mí ni á mi asno nos ha faltado nunca nada, gracias á la protección que nos dispensa el bienaventurado san Francisco. Ni uno ni otro llevamos encima cosa de provecho; pues bien: si no se mueve usted de aquí, dentro de una hora nos verá pasar de nuevo, á mí con mis alforjas henchidas, y á él con sus banastas llenas. Ea, tome usted un polvo, maestro, añadió el sacristán sacando su tabaquera del bolsillo y ofreciendo rapé al anciano, que movió la cabeza en señal de gracias y de negación á un tiempo. Hace usted mal, maestro, continuó fra Bracalone saboreando el pellizco de rapé que tenía entre los dedos; este tabaco posee cualidades maravillosas, pues no sólo extirpa la jaqueca, sino que disipa los flatos y desvanece los pensamientos tristes.

—No hace usted sino perder el tiempo al elogiar-me

su específico, interrumpió prontamente el anciano; no tengo con qué hacer á usted limosna, y no recibo cosa alguna sin que á ella corresponda.

—Una humillación más que deposito á los pies del bienaventurado san Francisco, repuso el sacristán levantando beatíficamente los ojos al cielo. Adiós, hermano, y Él le conceda la paciencia como á mí me ha concedido la humildad.

En pronunciando estas palabras, fra Bracalone arrancó un chasquido á su lengua, á cuyo ruido echó á andar el rucio seguido de aquél.

El pintor le miró alejarse entre menospreciador y envidioso, pues cuanto le dijera fra Bracalone era tan verdadero como el Evangelio.

De toda la comunidad de franciscanos dispersada y destruída durante las guerras de 1809, no habían quedado sino el prior y el sacristán, y aun éstos se vieron obligados á ocultarse y á vivir en la obscuridad hasta el segundo regreso de Fernando á Nápoles, después de la caída de Joaquín, en cuya época los dos respetables personajes se habían encontrado de nuevo y reunido, y tomado otra vez posesión de las dos mejores celdas de su convento, donde vivían en fraternidad verdaderamente cristiana. No faltaba quien decía que, con menoscabo de la jerarquía de la Iglesia, por más que fra Gaetano era el prior de derecho, fra Bracalone era el amo de hecho. Con todo, acto alguno ostensible venía en apoyo de tan singular versión, y nadie podía decir, aunque de ser así no hubiera causado extrañeza á quien quiera que fuese, que hubiese una sola vez visto al padre Gaetano tocar la campana y á fra Bracalone decir la misa. Es menester, pues, relegar tales hablillas entre los rumores populares, que no merecen de parte de los historiadores, no sólo crédito alguno, pero ni siquiera la más mínima atención.

Lo que sí había de positivo, es que en vez de cifrar, como Adán, sus esperanzas en la gloria mundana, y,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

como tal, mudable y perecedera, fra Bracalone había escogido, como sabemos, uno de esos patronos firmes y de arraigada fama, á los cuales no hay revolución que los eche del cielo. Así, pues, por más que la Madona de Nicotera hubiese quedado desbancada, san Francisco había conservado su crédito tan intacto, que el bueno del sacristán no notó la más mínima tibieza en el fervor de los fieles; antes al contrario, los devotos del cenobita de Asís se habían engrosado con los renegados de la Madona; y es que aquel pueblo lleno de fe, tiene incesante necesidad de creer ó adorar, y con tal que adore ó crea se considera dichoso.

No es de extrañar, pues, que la gira de fra Bracalone asumiese más los caracteres de la de un recaudador que hace efectivo un impuesto, que no la de un fraile haciendo la cuestación. Como hemos visto, el sacristán salía día por otro, junto con su rucio, provisto él de sus vacías alforjas, y de sus desembarazadas banastas el asno, y efectuaba su gira por los mercados vecinos, donde escogía su diezmo sobre cuanto veía, fuesen pescados, frutas, volátiles, legumbres, pan ó vino. Toda su maniobra consistía en acercarse al puesto de venta y en pronunciar estas dos palabras sacramentales: «San Francesco». Apenas el vendedor las había oído, cuando se ponía en pie, más tieso que un rábano, llevaba la mano al sombrero como soldado raso que ve pasar á un oficial, y dejaba que fra Bracalone escogiese como le diese la gana. Lo único que solía suceder, era que por lo que hace á la mercadería variable ó cuyo precio cambia según las temporadas, como acontece por ejemplo con el pescado y con la fruta, el vendedor tomaba la precaución de indicar á fra Bracalone el precio corriente. Así es que á las palabras: *San Francesco*, respondía, sin apartar del sombrero la mano: *A doce sueldos ó á quince sueldos la libra*. Entonces el sacristán adaptaba su conducta á las circunstancias, y se mostraba discreto y circunspecto, no tomando sino un pescadito ó una fruta pi-

cada. De este modo conservaba un derecho convencional que se hubiese trocado en abuso de mostrarse más exigente. Por otra parte, el sacristán siempre daba algo en cambio de lo que tomaba: ya era una estampa que representaba á san Francisco recibiendo la impresión de las llagas, ya un dulce de esos no mayores que un escudo de seis francos, en forma de rosca, á los que dan el nombre de *tallarini*; ora, en fin, un polvo del famoso rapé que ofreciera al maestro Adán, y con una sola pellizcada del cual bastaba y sobraba para curar la jaqueca, desvanecer el mal humor y procurar un parto feliz. Así, pues, entre fra Bracalone y los campesinos de los alrededores reinaba la más perfecta armonía, armonía que descansaba de un lado en la confianza y del otro en la discreción; lo único que los campesinos afeaban de vez en cuando al sacristán, era que éste no tenía compasión alguna de su rucio, pues sobre llenar por modo excesivo las banastas, le colgaba del cuello las alforjas, que él debiera haber llevado á sus espaldas. Por lo que se ve, al decir fra Bracalone al anciano pintor que si se aguardaba una hora le vería pasar de regreso con las alforjas henchidas y las banastas llenas, no había exagerado.

Como hemos dicho, el sacristán siguió su camino; pero las palabras que pronunciara al pasar por delante del maestro Adán, no habían caído en saco roto. Aquella blanca pared que parecía hecha á propósito para sus pinceles, aquel asno que debía regresar cargado de comestibles, habían despertado su imaginación y el hambre de su estómago. Sin embargo, el pintor todavía permaneció pensativo por unos instantes, pero no abatido. Indudablemente estaba ocupado en una gran concepción, pues con la mano hendía el aire en todas direcciones, trazando en el vacío un esbozo invisible, que se reflejaba ya en su cerebro, hasta que, á poco de semejante pantomima, levantó la frente y se volvió de cara á la pared:

compuesto el cuadro, no le quedaba sino darle vida.

Adán se quitó entonces la calabaza, sacó de su bolsillo pinceles y colores, retrocedió unos pasos con el carbón en la mano para medir de una ojeada el espacio necesario á su obra; luego se acercó otra vez á la pared y empezó resueltamente el esbozo, que al cabo de diez minutos estaba trazado por modo suficientemente claro para que no pudiese haber duda respecto del asunto que debía representar el fresco. Era también un alma del purgatorio, pero ésta se diferenciaba de las almas ordinarias en las menudencias particulares y personales. El alma aquella vestía hábito de franciscano, lo que demostraba que en vida había pertenecido á esta orden; las llamas subíanle hasta las rodillas, y estaba agobiada bajo el peso de dos banastas y unas alforjas, que le cargaba un diablo con rostro entre asnal y humano. Era una composición al estilo de las del Dante y de Oreagna, grotesca y terrible á la vez y cuya intención no admitía dudas, pues aludía al único reproche verdaderamente fundado que, como ya hemos expuesto, podía dirigirse á fra Bracalone, esto es, el de no sentir compasión alguna por el pobre cuadrúpedo al cual llamaba humildemente su compañero y al que en realidad trataba como esclavo.

Adán había puesto manos á la obra como quien no tiene minuto que perder y la continuó con ardor y chispa que demostraban que antes de dos horas estaría completamente terminada. Conforme á los principios de la pintura al fresco, no pasaba dos veces el pincel por el mismo sitio, y de un trazo pintaba un pedazo de llama, de vestido ó de carne; era la suya una seguridad de toque verdaderamente *miguel-angélesca*; así es que la obra casi tocaba á su fin cuando fra Bracalone, precedido de su asno, pareció al volver del camino.

La predicción del sacristán se había cumplido al pie de la letra; el rucio no podía con la carga, y fra

Bracalone, con el rostro más risueño del mundo, le seguía sin remordimiento, activando con una varilla de espino la penosa marcha del animal. El anciano pintor, que advirtiera la presencia de los dos *compañeros* tan pronto como éstos habían doblado el recodo del camino, hizo que no los vea, y advertido únicamente por el son de la campanilla, prosiguió su obra con creciente ardor á medida que aquél iba acercándose. Por fin paró el ruido de la campanilla, y á su son sucedió un instante de silencio, que fué interrumpido por una voz temblorosa de admiración y de cólera que á espaldas del artista preguntó:

—¿Qué está usted haciendo ahí, maestro?

—¡Ah! ¿es usted, fra Bracalone? respondió el anciano sin volver la cabeza. Ya lo ve usted, sigo su consejo; no he querido pasar por delante de pared tan hermosa sin hacer uso de mi privilegio, que me autoriza para pintar las almas del purgatorio en un circuito de diez leguas. Sólo me falta pintar la cabeza del paciente; si usted quiere aguardarse un rato á que concluya, nos iremos juntos.

En efecto, al capuchón todavía le faltaba el rostro, cuyo óvalo encerraba únicamente el espacio necesario para pintarlo; Adán, pues, dejó el pincel por el carbón y empezó á bosquejar, con rapidez creciente y seguridad de pulso casi inverosímil, los ojos, la nariz y la barba del desventurado; luego, dejando con igual ligereza el carbón por el pincel, y haciendo una mezcla entendida y rápida de una parte de bermellón y tres de albayalde, á la que añadió un sexto de tierra de sombra, dió el primer toque al rostro.

Fra Bracalone, viendo que no había tiempo que perder, repuso por segunda vez, con acento en el que la cólera empezaba á dominar de mucho á la admiración:

—¡Cómo! ¿está usted haciendo mi retrato?

—¿Le parece á usted? replicó con negligencia el artista, dando al rostro del paciente uno de esos to-